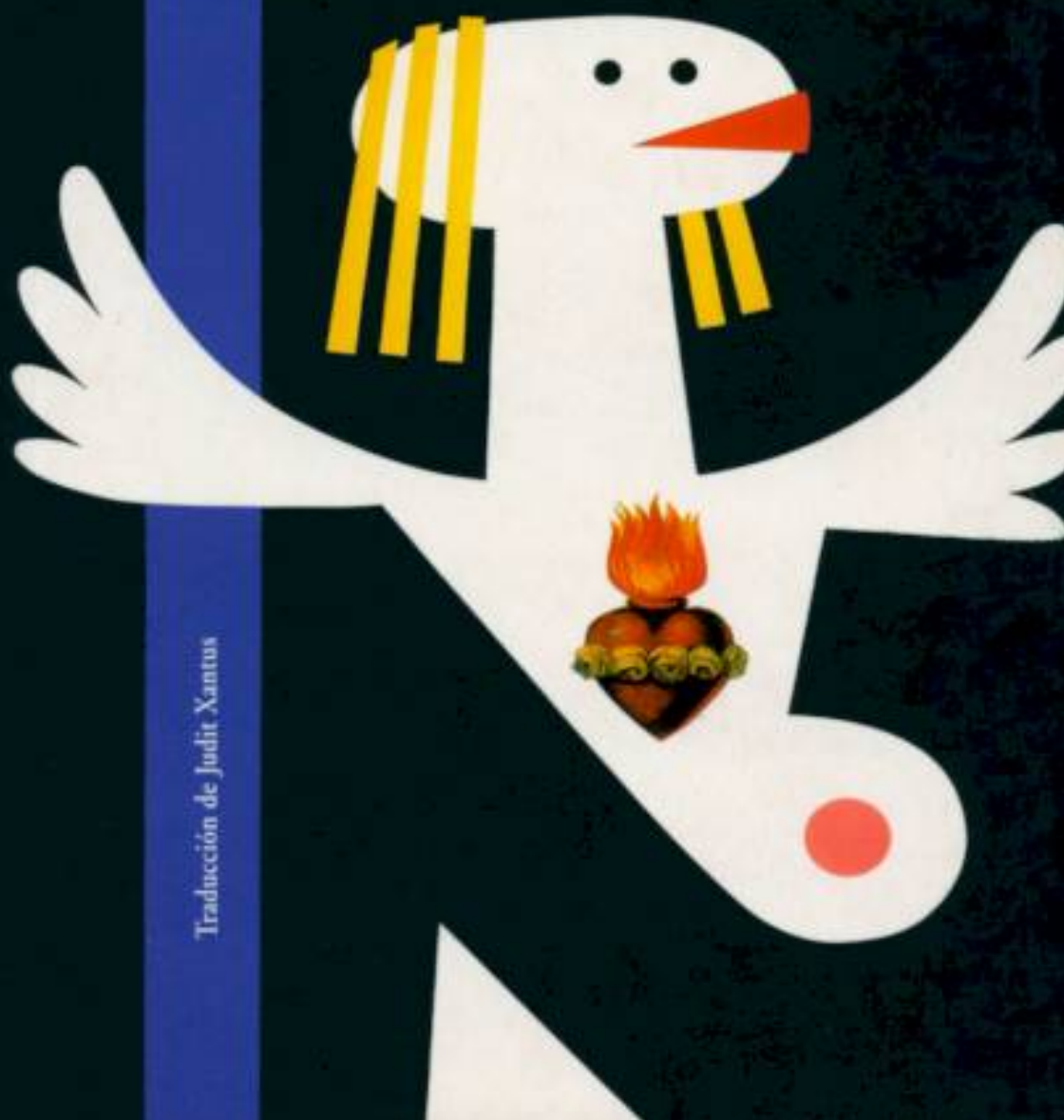


ALFAGUARA

Péter Esterházy

Los verbos auxiliares del corazón



Traducción de Judit Xantus

ALFAGUARA



Péter Esterházy

**Los verbos auxiliares
del corazón**

Introducción a las bellas letras

Traducción de Judit Xantus

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

«Quien puede hablar, puede tener esperanza, y vice-versa.»

LUDWIG WITTGENSTEIN

Prólogo

Las historias escritas en nuestros días son todas muy bellas, significativas, profundas y útiles; son impetuosas o pacíficas. Sólo les falta una introducción. Así que he decidido escribir esta historia de manera que necesite una introducción.

Ya han pasado casi dos semanas desde que murió mi madre y quisiera ponerme a trabajar, antes de que la necesidad de escribir sobre ella, que tan apremiante fue durante el entierro, se convierta en esa forma abúlica de quedarse sin habla, con la que reaccioné ante la noticia de su muerte.

Sí, ponerme a trabajar, ya que la necesidad de escribir algo sobre mi madre, que tan inesperadamente se presenta a veces, es por otra parte tan indefinida que será necesario esforzarse en el trabajo para no golpear el papel continuamente con las mismas teclas de la máquina de escribir, como correspondería a mi estado de ánimo, m m mmmm m mmm mmmmmmmmm mm mmm mmmmm mmmmm.

Me niego a utilizar el lenguaje, a buscar la verdad, y menos aún a exponerla. No sueño tampoco en nombrar al mundo y, verdaderamente, no nombro nada, pues la nominación supone un perpetuo sacrificio del nombre al objeto nombrado...

No hablo; tampoco me callo: es otra cosa. Soy prudente: se trata de mi madre. Aquí todo se podría poner en cursiva. ¡*Cursilería de mierda de esta vida!* Pero ¿por qué sería más obsceno escribir de ella que callarse? ¿*O cualquier otra cosa?* ¡Estar de pie, al lado de su tumba! Eso ¿qué sería? ¡Tomarla de la mano, y esperar que me apretara! Observar cómo las células se esfuman: *Au revoir, Monsieur*, fuimos par-

te de su madre, ¡adiós, jovencito guapete pero tontín! mmm m m. Un hombre serio no muestra sus penas al mundo.

Es un terror en medio del cual me siento bien: el tiempo que pasa no me causa ningún dolor.

Lo peor en estos momentos sería la intromisión de otro a través de una mirada, o, siquiera, de una palabra. Se le da la espalda o se le deja con la palabra en la boca, pues es necesario tener la sensación de que es incomprensible e incommunicable lo que se está sintiendo: solamente así ese terror se le aparece a uno como algo real y significativo. Al ser interpelado sobre esto, inmediatamente vuelve el aburrimiento, todo se convierte de nuevo en algo inconsistente. Sin embargo, a veces hablo con la gente de la muerte de mi madre, pero me enoja si se atreven a hacer algún comentario. Preferiría que desviarán el tema y que me distrajesen con cualquier burla.

Por ejemplo, tuve que reírme, aliviado, cuando, en su última película, le preguntaron a James Bond si su adversario, a quien había lanzado por encima de la baranda de una escalera, *estaba muerto*, y dijo: «Es de esperar». Los chistes sobre la muerte y los muertos no me impresionan en absoluto, al contrario, me hacen sentir bien.

Los momentos de miedo fueron siempre muy breves: más bien fueron sensaciones de irrealidad que momentos de miedo; las imágenes continuas y cotidianas que sólo eran la reiteración constante de otras imágenes *iniciales*, con vejez de años y decenios, se diluían de repente y la conciencia se desgarraba; tal era el vacío que súbitamente surgía de ahí... Ahora esto ya pasó, ya no sufro esas depresiones. Cuando escribo, escribo necesariamente sobre el pasado, acerca de algo ya acabado, por lo menos durante el rato en el que escribo. Sea cual sea el tema de un libro, debe manifestarse por todas partes una ligereza esencial que recuerde que la obra no es nunca un dato natural, sino una *exigencia* y una *donación*.

Me ocupo de lo literario, como siempre convertido, objetivado, en una máquina de formular recuerdos y de escribir. Todo en el mundo existe para concluir en un libro, dice Ma-

llarmé. Ni siquiera me da vergüenza, me he conformado con tener la cara que muestran mis libros. A esto le pondré remedio.

En el texto figuran, palabra por palabra o transformadas, entre otras, citas de: Akutagawa, Miklós Apáti, H. C. Artmann, Mihály Babits, Donald Barthelme, Georges Bataille, Thomas Bernhard, Jorge Luis Borges, Albert Camus, Jean Cocteau, Antón Chéjov, Jen''o Dsida, Péter Esterházy, Milán Füst, Péter Hajnóczy, Peter Handke, Gyula Illyés, Vsievolod Ivanov, István Jelenits, Ferenc Juhász, Valentin Kataiev, István Kormos, Dezs''o Kosztolányi, Lautréamont, Stéphane Mallarmé, Iván Mándy, Miklós Mészöly, Ferenc Molnár, Robert Musil, Ottó Orbán, Géza Ottlik, San Pablo, Blaise Pascal, János Pilinszky, Arthur Rimbaud, Jean Paul Sartre, Ronald Sukenick, L''orinc Szabó, León Tolstoi, Georg Trakl, Szabolcs Várady, István Vas, Péter Vasadi, Sándor Weöres y Ludwig Wittgenstein.

¡En qué vieja solterona me convertiré por falta de coraje para amar la muerte!

Budapest, el 16 de junio

In nomine Pater et Filii...

Que nuestra madre estaba «bastante fastidiada» ya lo sabíamos desde hacía años, pero cuando nuestro padre nos llamó por teléfono, y de una manera precisa, medida y con un tono de voz seco, nunca oído antes, nos comunicó que nuestra madre así y asá, y que él por su parte estaba convencido de que no estaría de más que en «estos momentos» estuviéramos *en casa*, o sea, que nos fuéramos a casa, eso nos sorprendió a todos, y empezamos, de mala gana y casi con idénticas palabras, a alegar quehaceres cotidianos, muy urgentes; sin que esto significase indiferencia ni insensibilidad, sino más bien una demostración de nuestros instintos naturales, la sana convicción de que la «cosa» no podía ser «tan grave», porque nunca antes había sido tan grave (justo como nuestro padre suele decir: «Mientras no haya problemas, no hay problema; solamente hay problema cuando haya problemas»); pero nuestro padre empezó a gruñir, y nosotros nos apresuramos, desde los cuatro puntos cardinales.

HACE FRÍO... CUANDO NOS HUBIMOS VESTIDO PARECIÓ MUY ASOMBRADA AL VERME CON CORBATA NEGRA Y ME PREGUNTÓ SI ESTABA DE LUTO. LE DIJE QUE MAMÁ HABÍA MUERTO. COMO QUISIERA SABER CUÁNDO, RESPONDÍ: «AYER». SE ESTREMECIÓ UN POCO, PERO NO DIJO NADA. ESTUVE A PUNTO DE DECIRLE QUE NO ERA MI CULPA, PERO ME DETUVE PORQUE PENSÉ QUE YA LO HABÍA DICHO A MI PATRÓN. TODO ESTO NO SIGNIFICABA NADA. DE TODOS MODOS UNO SIEMPRE ES UN POCO CULPABLE.

Como si yo tuviera un secreto particular con nuestra madre, llegué delante del hospital antes que mi hermano menor y nuestra hermana pequeña. Sin embargo, no era a mí a quien más quería, sino precisamente a mi hermano, quizás *únicamente* porque sabía que él era quien más lo necesitaba: a cambio, él era quien amaba a nuestra madre con más fervor. Soy el primogénito, cómo no iba a llegar el primero... *Per definitio-nem*.

Nuestra hermana pequeña es la más guapa de todos, creo: tiene la fragilidad de nuestro padre y la pasión de nuestra madre. Aunque las mujeres prefieren a nuestro hermano, y mis mujeres a mí. Sólo que yo soy demasiado personal: soy un (texto deteriorado) hecho a medida. Es verdad que esto, en sí, no tiene mayores consecuencias.

Nuestra hermana me abrazó en seguida, «cariño, cariñito mío», y me retuvo en sus brazos durante un largo rato. Su gesto salvaje no me sorprendió, sino que despertó en mí miles de recuerdos, y me entregué desganado: no me gustaba que ella conociese ya la fuerza del contacto físico, que se aprovechara de ello así, de manera profesional y sin titubear; pensaba que estaba abusando, que me acariciaba cuando hubiera bastado con unas palmaditas en el hombro, que me quería dar garantías, y que lo hacía por guardar las apariencias, no por convicción personal; yo no sentía que el abrazo fuera importante para ella, sino solamente que ella sabía que lo era para mí. Lo cual era verdad.

Desde luego el gesto, finalmente resultó ser el apropiado, puesto que alcanzó su objetivo, y yo me tranquilicé, y mantuve entre mis brazos a esta mujer rubia, delgada y guapa, disfrutando su olor y sus costillas, sus labios arqueados, increíblemente mal pinta-

dos —su boca me recordaba la de mi hermano—, la cercanía de su rostro, sus curvas familiares que hubieran podido ser las mías, ese desorden en las relaciones de propiedad: sentía impaciencia y furor, y también indulgencia y ternura, disfrutaba al oír su voz reverente y burlona que repetía una y otra vez: «Por fin, cariño, cariñito mío».

¡OS HABÉIS ZAMPADO A VUESTRA MADRE! (ME HE ZAMPADO A MI MADRE.)

Nuestro hermano restante carraspeaba en un segundo plano, como un marido cogido en flagrante delito, y nos separó, empujándonos con movimientos bruscos: «¿Quién es este hombre, ramera?», y todo lo demás; un tanto serio y ridículo; los visitantes que llegaban al hospital volvían la cabeza, aunque tuvieran prisa.

Se nos olvidó por qué habíamos tenido que venir, hacíamos el payaso, sin embargo, al llegar al enorme portón de hierro forjado carcomido —como cualquiera que llega ante un enorme portón de hierro forjado carcomido—, nos serenamos, aunque manteniendo una actitud firme, demasiado vehemente para nuestra edad, como si nos dirigiéramos a un lujoso *piscolabis*, donde el mundo girase a nuestro alrededor, y nosotros lo asumiéramos educadamente, pisoteando sin piedad corazones ajenos, los hermanos amenazando a los pretendientes de la hermana sin que ella dejase de flirtear con ellos, con lo que los primeros terminarían dándole una paliza a los últimos; luego nos esconderíamos, con risitas llenas de complicidad, en los rincones, detrás de los biombos, en habitaciones alejadas, y saldríamos después, riendo como locos, bailando, recorriendo todas las salas, uniéndose todos a nosotros... incluso los que en el fondo no tuvieran ni las más mínimas ganas. En la frontera de la orfandad y del autoengaño, seguramente más allá de éste, habría sido más adecuado demostrar una confianza más triste, más vulnerable.

Al llegar a la garita del portero, mi hermano se inclinó sobre la ventanilla, y con su habitual brusquedad graciosa y exorbitante le ordenó al anciano sorprendido que le enseñara la muñeca; la agarra y le dice entre muecas de preocupación y con aires de importancia: «Señor mío, esto es excesivo, no es poco, es muchísimo, ande usted con mucho tiento», y nos hace una señal: «Pasen, colegas», y entramos en fila. Nos

tronchamos de risa, y de repente, desde el exterior, nos envolvió el silencio. *Con sus dedos ásperos, Dios nos golpea el corazón.* Nos detuvimos. A partir de este momento, no podíamos mirarnos a los ojos: el que infringiera esta regla —y la infringimos todos—, rompía a llorar irremediabilmente. También esto era ridículo. «¡Lloremos!» Esto era lo único que había que decir.

PARA NO SER RECONOCIDO, EL ARCÁNGEL HABÍA TOMADO LA FORMA DE UN CANGREJO PAGURO, GRANDE COMO UNA VICUÑA. «AGAZAPÓ CON HERMOSURA Y ANEMIA LA SUTILEZA DEL FALLECIMIENTO, Y SU REMORDIMIENTO DE CONCIENCIA ERA REALMENTE FANTÁSTICO.»

La enfermera nos guiaba por los pasillos semioscuros sin decir palabra. Nada más verla, tuve la sensación (no pude remediarlo, aunque hubiera querido) de que era una persona perversa, perversa hasta la médula y malintencionada, que no solamente encarnaba el mal sino que lo originaba, que quizás ella misma traía y llevaba los bacilos, y si era así, lo hacía por una remuneración sustanciosa, y que seguramente era la encargada de quitar de en medio a los enfermos ingratos.

Nos había estado esperando a la entrada del desmesurado edificio lateral, y desde lejos me pareció delgada, una mujer delgada y severa como una monja, pegada contra el muro, pero de cerca se notaba que estaba embalsamada, amarrada con los lazos de su bata, o con lo que fuera; y esto también me pareció una mala señal, este ocultarse: hasta sus caderas arqueadas y rellenas se me hicieron desagradables, y también sus rizos rubios y sueltos que trataba de esconder graciosamente debajo de una cinta; nos contemplamos con aversión. Su nariz minúscula y sus labios gruesos y brillantes delataban estupidez o lujuria (como si estas dos cosas se excluyeran).

FINALMENTE EXCLAMA: «HOMBRE, CUANDO ENCUENTRES UN PERRO MUERTO DANDO VUELTA, APOYADO CONTRA UNA ESCLUSA QUE LE IMPIDE PARTIR, NO VAYAS, COMO LOS OTROS, A TOMAR LOS GUSANOS QUE SALEN DE SU VIENTRE HINCHADO PARA EXAMINARLOS CON ASOMBRO, ABRIR UNA NAVAJA, Y LUEGO DESPEDAZAR UN GRAN NÚMERO DE ELLOS, DICIÉNDOTE QUE TÚ NO SERÁS MÁS QUE ESE PERRO. ¿QUÉ MISTERIO INVESTIGAS? NI YO NI LAS CUATRO PATAS ALETAS DEL OSO MARINO EN EL OCÉANO BOREAL, HEMOS PODIDO SOLUCIONAR EL PROBLEMA DE LA VIDA. TEN CUIDADO, LA NOCHE SE APROXIMA, Y TÚ ESTÁS ALLÍ DESDE LA MAÑANA. ¿QUÉ DIRÁ TU FAMILIA, EN ESPECIAL TU HERMANITA, AL VERTE

LLEGAR TAN TARDE? LÁVATE LAS MANOS, RETOMA EL SENDERO QUE VA AL LUGAR EN QUE DUERMES...»

En una de las camas gesticulaba un viejo de cara chupada y con barba blanca de varios días. Estaba chillándole a una *Schwester* delgada. «¡Usted no me toca!... ¡A mí, sólo me toca una *signorina* italiana!» La chica se encogía de hombros. «No se lo permitiré.» «Dígale que es italiana», le sugería mi hermano, susurrándole al oído. «Yo soy italiana, abuelito.» El viejo recobró la razón, nos miró, a la enfermera y a nosotros, como alguien que lo sabe todo, incluso que le están tomando el pelo. «No, *signorina*, no. La *signorina* no es italiana, la *signorina* miente. Si la *signorina* fuera italiana, sería ardiente, y yo me daría cuenta. Pero la *signorina* es fría y llena de babas, como una rana, y quiero que se acuerde de que es una comosellame normal y corriente, centroeuropea... ¡Que la *signorina* tiene tan poco que ver con la vida, como... como yo!» La chica se echa a llorar, su pelo amarillo tapa su cara mojada de lágrimas, desde más lejos observamos cómo el viejo, luchando con la chica, en un ataque de locura va separando de su cuerpo todos los tubos, aparatos de transfusión de sangre, cánulas. «¡Tan poco como yo, tan poco como yo!», repite una y otra vez.

La enfermera nos señaló una de las camas en el rincón, para mostrar su mercancía como una vendedora apática.

«Ésta es su madre.»

Mi hermano, que había estado más tenso que un palo, meneando su cabezota asustado, hizo de repente un gesto amenazador. La enfermera salió, deslizándose furtiva a nuestro lado, diciendo «no es para tanto» de una manera casi amistosa; sus tetas pesadas (era como si colgaran de su cuello, encorvándole la espalda) me rozaron el brazo. Me di cuenta de que mi hermana se había dado cuenta, y creí saber lo que ella